

¿Qué hizo Zafont en aquella pacífica morada en cuyo dintel se estrallaron tantas veces las conmociones populares, repelidas por la fama de la austeridad, de la virtud, y del más acrisolado patriotismo?

¿Porqué Zafont siguió tranquilo en aquel colegio, no solo firme como la roca en medio de las olas, sino tambien respetado y á las veces aclamado por las masas y distinguido especialmente por el gobierno que en 1834 declaró los cursos de su enseñanza de igual validez que los de las universidades é incorporables en ellas?

¿Cómo se esplica que fuese el paño de lágrimas de la ciudad condal que volvia los ojos al cenobita y á su callado retiro en las más tremendas crisis de su historia contemporánea?

Era que al prestigio de la templanza unia el de la ciencia y, como lo dirán mejor que nosotros sus obras, el gobierno contemplaba en él una verdadera gloria española, y el pueblo de Barcelona y de todo el Principado lo miraba como el más insigne de los sábios de Cataluña. ¡Tan efectivo es el poderío de la égida de Minerva!

La ciencia de Zafont y su celo por difundirla y adelantarla no los pregonaba la fama con ninguna suerte de exajeracion, como tantas veces sucede; su reputacion no era mal adquirida, ni mucho menos usurpada; bastaba transponer los umbrales de su retiro, visitar sus gabinetes, oir sus esplicaciones en la cátedra, sus discursos en las academias, leer cualquiera de sus obras, para rendirle desde luego el homenaje de respeto que las almas rectas tributan siempre á los talentos de primer orden.

Y como todo esto era no solo factible, sinó fácil, por que el buen abad era llano y comunicativo y tenia siempre sus puertas abiertas de par en par á todo el mundo, de aquí que los tesoros de su inteligencia y de su bondad no solo fueran conocidos de los sabios, sinó que los adivinaran los más rudos, y de aquí igualmente que Cataluña entera le elevara un altar en su corazon, del que solo podrian quitarle en la época que corremos el más punible de los olvidos ó la más negra de las ingratitudes.

No quiera el cielo que la provincia que le vió nacer niegue á su memoria aquella estima solo de hombres como él merecida; aunque hoy, con desusada prodigalidad, á otros que nada valen otorgada.

Filósofo profundo, matemático consumado, astrónomo, cronólogo, físico, escritor erudito, ameno, al alcance de todas las clases, sentia en el fondo de su conciencia que la enseñanza es un divino ministerio y la propagacion de la verdadera y sólida ciencia una ofrenda gratísima á Dios.